

Extrait du ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

<http://artearqueohistoria.com/spip/article203.html>

ÁFRICA Y EL MUNDO ANTIGUO

- CRÓNICAS de ACTIVIDADES - Por años - Año 2010 -



Date de mise en ligne : Jueves 19 de mayo de 2011

ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

ÁFRICA Y EL MUNDO ANTIGUO

EL PERIPLO DE HANNÁN Y OTRAS EXPEDICIONES LEGENDARIAS

Ildefonso Robledo Casanova

Las tierras del África tropical, como consecuencia de la desertización del Sahara en los tiempos finales del Neolítico, quedaron aisladas con respecto a las culturas que se fueron desarrollando en la antigüedad en el mundo mediterráneo, de modo que habrá que esperar a la Baja Edad Media para que árabes y berberes, que atravesaban el desierto de una manera regular siguiendo las rutas caravaneras, mantengan un contacto sostenido con los pueblos subsaharianos. De tiempos anteriores, sin embargo, nos han llegado noticias legendarias que nos hablan de ciertos periplos marinos por las costas africanas, alguno de los cuales, de ser cierto, habrá conseguido bordear África en una época que se fecha en el entorno del año 600 a.C.

Necao y los fenicios

A pesar de que el mundo egipcio mantuvo relaciones estrechas con los pueblos del Mediterráneo lo cierto es que las noticias que se tenían en la antigüedad sobre las tierras interiores de África eran ciertamente confusas. La moderna arqueología ha confirmado que las huellas de una posible presencia del mundo clásico en el sur del Sahara son prácticamente nulas antes de los tiempos tardíos, a partir del siglo II d.C., cuando las tropas auxiliares sirias que protegían los intereses de Roma en el norte de África introdujeron en estas tierras el uso del dromedario, que habrá de alcanzar su auge a partir del siglo III. Será entonces cuando se intensificará el tráfico comercial sahariano y aparecerán restos arqueológicos que confirmarán esa actividad. Así sucede con las monedas romanas del siglo IV encontradas en la tumba de Tin-Hinan, de Abalessa, descubierta en Ahaggar.

Sin embargo, los historiadores griegos antiguos nos han transmitido ciertas noticias que circularon en la antigüedad que nos hablan de intentos decididos de explorar las costas africanas por parte de expediciones egipcias y persas. Así, por Heródoto, sabemos que un contingente fenicio recibió el encargo del faraón Necao (hacia 600 a.C.) de intentar la circunnavegación del continente. Seguimos a este historiador: «En ese sentido es evidente que Libia (nombre que los antiguos daban a África) está rodeada de agua por todas partes, salvo por el lado en que confina con Asia; que nosotros sepamos el rey de Egipto Necao fue el primero que lo demostró, ya que, tras interrumpir la excavación del canal que, desde el Nilo se dirigía al golfo árabe, envió en unos navíos a ciertos fenicios, con la orden de que, a su regreso, atravesaran las columnas de Heracles (actual

Estrecho de Gibraltar) hasta alcanzar el mar del Norte (Mediterráneo) y llegar de esta manera a Egipto. Los fenicios, pues, partieron del mar eritreo (Mar Rojo) y navegaron por el mar del sur (Océano Índico). Y cuando llegaba el final del otoño, atracaban en el lugar de Libia en que, en el curso de su travesía, a la sazón se encontraban, sembraban la tierra y aguardaban hasta la siega. Y, una vez recogida la cosecha, reemprendían la navegación, de manera que, cuando habían transcurrido dos años, en el tercer año de travesía doblaron las columnas de Heracles y arribaron a Egipto. Y contaban “cosa que a mi juicio no es digna de crédito aunque puede que lo sea para alguna otra persona- que al contornear Libia, habían tenido el sol a mano derecha”.

Fracaso de Sataspes

Es difícil que podamos contrastar en nuestros días hasta que punto las noticias que nos ha transmitido Heródoto son fiables. No existen dudas con respecto a los viajes que en la antigüedad se realizaban vía Mar Rojo hasta las tierras ubicadas en las costas del Océano Índico. Los vientos monzones, con sus alternancias, facilitaban tanto el viaje de ida como el de regreso. La afirmación, increíble para Heródoto, de que los marinos en un momento determinado habían visto elevarse el sol por su derecha, es cierta siempre que hubieran sido capaces de doblar el Cabo de Buena Esperanza y brinda por ello un halo de verosimilitud al relato. Sin embargo, la posibilidad de remontar las aguas del Atlántico en el tramo entre el actual Senegal y Marruecos, siempre con el viento en contra, parece una prueba imposible de superar con los medios que los marinos de esos tiempos poseían.

En todo caso, el mismo Heródoto, en otro pasaje, nos habla de otro personaje, el persa Sataspes, que a principios del siglo V a.C. habría sido también enviado con la misma intención de explorar las costas africanas, fracasando esta vez en su intento. En efecto, dice Heródoto: “el aqueménida Sataspes, hijo de Teaspis, en el curso de su travesía no logró contornear Libia, pese a que se le había enviado con ese objetivo. Al contrario, por el temor que le inspiraba la magnitud y la soledad del viaje, volvió sobre sus pasos sin haber llevado a cabo la empresa que la había impuesto su madre...”.

Y más adelante: “entonces Staspes se llegó a Egipto, fletó una nave con marineros de esa nacionalidad y se hizo a la mar con rumbo a las columnas de Heracles. Tras haberlas flanqueado y haber doblado el cabo de Libia cuyo nombre es Solunte, puso proa hacia el sur. Al cabo de muchos meses llevaba recorrida por la superficie del mar una considerable distancia, pero, en vista de que siempre faltaba un trayecto superior, viró de bordo poniendo rumbo a Egipto”.

Todas estas noticias que el pasado nos ha transmitido gracias a la labor recopilatoria de Heródoto, nos están hablando de diversos intentos de los antiguos por arribar a las tierras remotas del África negra y es probable que tengan un cierto trasfondo de veracidad. No importa demasiado que estas informaciones concretas sean ciertas o no, lo importante es que reflejan aun cuando sea de manera legendaria el interés de aquellos hombres por conocer unas tierras remotas. Quizás los fenicios no llegasen nunca a remontar el Cabo de Buena Esperanza, pero aun en ese caso todo parece indicar que no habrán estado demasiado lejos y que habrán sido sus informadores locales los que les habrán hecho saber que más allá de ese punto se producirá un cambio notable de rumbo para los navíos que bordeaban la costa y que a partir de ese momento todos afirmaban que el sol, al amanecer, se situaba a la derecha del navegante.

Comercio mudo

Es un hecho constatado que fenicios y cartagineses mantuvieron estrechos contactos comerciales con los pueblos del sur de Iberia y que aprovechando los conocimientos que los marinos tartesios poseían de la costa noroccidental africana hicieron viajes comerciales por la zona, arribando hasta las tierras situadas al sur del Marruecos actual y tomando conocimiento de la existencia de las islas Canarias y Madeira. Heródoto, refiriéndose a los cartagineses, nos ha transmitido noticias concretas que nos hablan de una curiosa forma de intercambio comercial entre los púnicos y los nativos de la zona que, a pesar de desconocer sus lenguas respectivas, no por ello dejaban de realizar pingües intercambios. En efecto: «En Libia, allende las columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancías y las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas al ver el humo acuden a la orilla del mar y, sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de las mercancías y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos. Y ni unos ni otros faltan a la justicia; pues ni los cartagineses tocan el oro, hasta que a su juicio haya igualado el valor de las mercancías, ni los indígenas tocan las mercancías antes de que los mercaderes hayan cogido el oro».

La arqueóloga ha confirmado esa presencia de los comerciantes púnicos en la costa occidental de Marruecos, en tanto que las fuentes antiguas han situado en la que denominan isla de Cerne la factoría más meridional existente en la zona, isla que posiblemente tengamos que identificar con la actual Mogador. Es conocido que allí los púnicos ofrecían productos cerámicos que intercambiaban por pieles de ciervos y felinos (leones y leopardos) así como colmillos de elefantes que aportaban los pueblos etíopes. Por esas mismas fuentes (el denominado «Pseudo-Escá-lax») sabemos que los nativos producían un vino local con las uvas que cultivaban en sus propios viñedos, lo que hace que el lugar, al ser ese cultivo impropio de parajes tropicales, haya de enmarcarse no lejos de la actual zona sur de Marruecos. Para diversos autores, entre ellos Gómez Espelosen, Cerne no será una isla real sino que en la visión griega del océano Atlántico representará un punto imaginario más allá del cual será totalmente imposible navegar.

Por las fuentes antiguas que venimos manejando sabemos que p^onicos y griegos ten^{an} conocimiento de que en la costa africana, frente a la isla de Cerne, habitaban los denominados et^opes, pueblo que, seg^{ún} algunos, ven^a ocupando sin interrupci^{ón} todas las tierras que se extend^{an} desde Egipto hasta estos fabulosos lugares. En los viejos poemas hom^{éricos} y en la literatura griega m^{ás} antigua la tierra de los et^opes era un lugar privilegiado que se distingu^a por gozar del favor de los dioses, que hab^{an} hecho que sus habitantes, a pesar de ser de piel negra, fuesen especialmente bellos y esbeltos. Fuera de esta vieja visi^{ón} m^{ítica} lo cierto es que el conocimiento real que el mundo cl^{ásico} ten^a acerca de los hombres de color que habitaban ^{África} m^{ás} all^í de Egipto era confuso. Era muy escasa la informaci^{ón} fidedigna que se pose^a entonces de estos pueblos que se situaban en los confines meridionales del mundo conocido.

En el denominado *Periplo del Pseudo Esc^{ax}*, posiblemente una compilaci^{ón} de textos anteriores que habr^a sido realizada en el entorno del a[±]o 335 a.C., se nos brinda una interesante informaci^{ón} acerca de los parajes a los que antes nos hemos referido: *La navegaci^{ón} a lo largo de la costa desde las columnas de Heracles hasta el promontorio de Hermes (debe hacer referencia a la zona del cabo de San Vicente) es de dos d^{ías}. Desde el promontorio de Hermes hasta el promontorio de Solunte (se identifica con el actual cabo Cantⁿ) la navegaci^{ón} costera es de tres d^{ías}. Desde Solunte hasta Cerne la navegaci^{ón} costera es de siete d^{ías}. La navegaci^{ón} total desde las columnas de Heracles hasta la isla de Cerne es de doce d^{ías}. Las partes de m^{ás} all^í de la isla de Cerne ya no son navegables a causa de las aguas poco profundas, del lodo y de las algas. Las algas son de una palma de ancho y la parte de arriba es en punta de modo que se clavan. Los comerciantes son fenicios; cuando llegan a la isla de Cerne, fondean los barcos mercantes y en la isla instalan sus tiendas; una vez que han obtenido el cargamento ellos mismos lo transportan en peque^{ños} nav^{os} hacia el continente (las costas africanas). Hacia el continente estⁿ los et^opes. Estos et^opes son con los que establecen tratos...*

El periplo de Hannⁿ

En este contexto de una presencia efectiva de fenicios y cartagineses en el costado noroccidental de ^{África} debemos situar ciertas noticias que nos hablan de una hipot^{ética} expedici^{ón} mar^{ítima} p^onica que quiz^{ás} habr^a alcanzado lo que hoy son costas del Senegal, o incluso hasta algo m^{ás} all^í. Se trata de un texto griego que estar^a traduciendo un documento original cartagin^{és} que se atribuye a un tal Hannⁿ y que nos habla de un viaje de leyenda del que sin embargo Her^{ódoto} no tuvo ninguna informaci^{ón}, ya que no lo menciona en su obra. El texto, cuyos datos no han podido ser conciliados con la informaci^{ón} que ofrece la geograf^a moderna, puede que sea una imaginativa mezcla de diversas referencias reales del litoral marroqu^í, que vimos que los p^onicos conoc^{an} bien, con otras visiones t^{ípicas} y sorprendentes de las ignoradas regiones del ^{África} tropical. En todo caso, en palabras de G^{ómez Espelosa} *diferencia de otros Periplos, el de Hannⁿ parece referir una experiencia personal, el testimonio de primera mano y autobiogr^{áfico} de un hombre que ha afrontado un viaje hacia lo desconocido para abrir nuevos horizontes al conocimiento humano*.



Vestigios de Cartago en la actualidad.

El texto del Periplo habría sido depositado en el santuario de Cronos (Baal Moloch) en Cartago por Hannón, un rey cartaginés de nombre muy común que no ha podido ser identificado. Según el texto este personaje, al mando de una flota integrada por sesenta pentaconeros, habría emprendido un viaje colonizador por las costas de África, más allá de las columnas de Heracles. Para hacer realidad ese deseo de fundar nuevas colonias en esos apartados parajes la expedición habría estado integrada por una masa de treinta mil hombres y mujeres. Se nos dice que dos días después de traspasar las columnas fundaron la primera colonia, a la que pusieron el nombre de Timiaterio; posteriormente, levantaron un santuario a Poseidón en Solunte y, más adelante, fueron estableciendo nuevas colonias en diversos lugares que la arqueología no ha sido capaz de detectar: Fuerte Cario, Gite, Acra, Melita y Arambis. Prosiguiendo la navegación, los expedicionarios habrían arribado a la desembocadura del río Lixos, alcanzado finalmente la mítica isla de Cerne, acerca de la cual nos indican que: «Pudimos comprobar por el viaje realizado que se hallaba situada en línea recta desde Cartago, pues la navegación era la misma desde Cartago hasta las columnas que desde allí hasta Cerne».

El Periplo de Hannón, de ser real, estaría describiendo un ambicioso viaje realizado en el siglo V a.C.; sin embargo, existen dudas razonables de su autenticidad, sobre todo si consideramos que los púnicos siempre se mostraron muy prudentes a la hora de divulgar sus expediciones marinas. Es notorio el sigilo con que guardaron sus conocimientos de las rutas atlánticas y se sabe que cuando se sentían seguidos por los romanos preferían hacer encallar voluntariamente sus naves para evitar así que sus enemigos conocieran esas rutas. La multitud de tópicos existentes en la antigüedad sobre los monstruos que poblaban las aguas del Atlántico y los inmensos peligros que allí existían para los navegantes habrían sido una invención de los púnicos para mantener alejados de la zona a posibles competidores. Ya hemos mencionado, igualmente, que la investigación arqueológica no ha podido contrastar la existencia real de las colonias que se habrían fundado en este viaje y que se citan en el texto.

Tambores en la noche

El Periplo de Hannón, más allá de la isla de Cerne, ofrece sugerentes noticias que quizás nunca podamos confirmar si nos hablan de un viaje real o son simplemente producto de la fantasía y se limitan a recoger los conocimientos tópicos que sobre estas apartadas regiones se poseían en la antigüedad. Así, se nos habla sucesivamente de lugares habitados por pueblos salvajes que se vestían con pieles de bestias y que arrojando piedras impedían que los expedicionarios pudiesen desembarcar. Desde los navíos los hombres de Hannón habrían podido contemplar, atemorizados, inmensas regiones selváticas desde las que en la noche llegarían amenazadores gritos: «No vimos nada durante el día, excepto la selva, en cambio de noche vimos numerosos fuegos que ardían y escuchamos el sonido de flautas y el estruendo de cámbalos y de tambores y un innumerable grito». Llenos de temor los púnicos habrían contemplado como la tierra era poseída por el fuego, debido al parecer a la acción de un volcán, ya que en un lugar conocido como «El soporte de los dioses» el fuego llegaba casi a quemar las propias estrellas.

El texto finaliza con la llegada al golfo que los p^onicos denominan como Cuerno del Sur, que para G^omez Espel^on ser^áa el punto m^áis extremo del sur, alcanzable tanto desde el oriente como desde el occidente y que podr^áa corresponder en la concepci^on que los griegos ten^ían de ^África al entorno del Cabo Guardafui. En ese paraje, ^áen el entrante m^áis profundo hab^ía una isla que era igual a la primera que conten^ía tambi^én un lago y en ^Ál hab^ía otra isla repleta de gentes salvajes, la mayor parte de las cuales eran mujeres de cuerpos muy velludos a las que los int^érpretes denominaban ^ágorilas^á, tras perseguir a los hombres no fuimos capaces de capturarlos sino que consiguieron escapar escalando por riscos escarpados y defendi^éndose con lo que ten^ían a mano, en cambio pudimos capturar a tres mujeres que tras morder y ara[±]ar a los que las llevaban no quisieron seguirlos. As^í que tras haberlas dado muerte las despellejamos y transportamos sus pieles hasta Cartago. Pues ya no continuamos la navegaci^on m^áis adelante al faltarnos las provisiones^á.



Necrópolis de Cartago

Retorno imposible

Del texto del Periplo algunos estudiosos han deducido que los p^onicos podr^ían haber arribado en esta legendaria expedi^on a las costas del actual Senegal o incluso hasta algo m^áis abajo de la cornisa africana, pero esa posibilidad ha sido combatida por investigadores como R. Mauny que, buen conocedor de la zona, ha sostenido de manera clara la imposibilidad del viaje de retorno utilizando los medios t^écnicos de navegaci^on que se conoc^ían en la fecha en que el Periplo habr^áa sido realizado (siglo V a.C.). Parece irrefutable que barcos dotados de una vela cuadra y sin tim^on, a^on cuando contasen con remos, no podr^ían contrarrestar la acci^on de los fuertes vientos que soplar^ían siempre en sentido contrario a la marcha. Los vientos alisios del nordeste y el r^égimen de las corrientes marinas entre el Senegal y Marruecos imposibilitar^ían el viaje de retorno. Sabemos, en este sentido, que existen noticias de nav^os gaditanos antiguos que se perdieron en las costas africanas al haber traspasado los l^ímites del r^{ío} Lixos (al sur de la actual Agadir). Incluso en tiempos muy posteriores, en 1291, los hermanos Ugolino y Vadino Vivaldi, que intentaban nuevamente costear el continente africano, desaparecieron sin dejar ning^ún tipo de rastro. No sabemos hasta donde llegaron, pero lo indudable es que no pudieron regresar.



Reconstrucci^on del puerto de Cartago.

Todo parece indicar que el Periplo de Hann^on es un mero producto literario griego, en el que al modo de un relato de aventuras se recoger^ían noticias reales y fabulosas acerca de las regiones m^áis occidentales y meridionales

del mundo conocido, siendo su destino un público muy concreto integrado por los lectores cultos del ámbito helenístico. El relato ofrece, sin duda, una cierta dosis de credibilidad, en la medida en que se fundamenta en la contrastada presencia púnica en las actuales costas de Marruecos, si bien a medida que la acción se aleja de estos parajes conocidos el influjo de la fantasía parece incrementarse. Esa credibilidad exigía que los protagonistas de la acción fueran cartagineses; en otro caso el relato habría resultado inverosímil, ya que en esos tiempos la presencia griega en la zona era nula, debido a que los cartagineses controlaban de manera férrea las aguas del Estrecho y sabemos por los cronistas antiguos que todos los navíos que se acercaban allí eran hundidos irremediablemente. En el caso hipotético de que alguien hubiese intentado realizar este viaje fabuloso solo podrían haber sido los marinos de Cartago, lo que motivó que el autor griego del relato, que conocía esta circunstancia, decidiera incluirlos como protagonistas de su acción.



Restos de las termas romanas de Cartago.

BIBLIOGRAFÍA

García y Bellido, A. (1945): *«España y los españoles hace dos mil años, según la Geografía de Strabón»*. Madrid.

García Moreno, L.A. y Gómez Espelosán, F.J. (1996): *«Relatos de viajes en la literatura griega antigua»*. Madrid.

Gómez Espelosán, F.J. (1985): *«Viajeros de la Antigüedad»*. Madrid.

Heródoto (1979): *«Historia»*, versión de C. Schrader. Madrid.